

dos. Por término medio llegan aquí doce mil al mes, ó sean ciento cuarenta y cuatro mil al año, sin contar los viajeros mas acomodados, que toman pasaje sobre los vapores, y que pueden valuarse en mil quinientos al mes. Las tres cuartas partes de emigrados que vienen á América son alemanes. La última cuarta parte es casi toda irlandesa. Los alemanes forman el mas precioso elemento de colonización para el O., hácia el que se dirigen casi todos. Con justos títulos se les aprecia por su sobriedad, por su amor al trabajo y por su excelente salud que resiste en cierta medida á las exhalaciones del desmonte de los bosques y por su estabilidad.

Los alemanes que van á los Estados Unidos lo hacen con la resolución de hacerse naturalizar ciudadanos americanos, de vivir allí trabajando y de morir allí. Despiden todos con un eterno adiós de la madre patria, y la nostalgia que es la consunción del alma, no los ataca jamás. Verdad es que los alemanes emigran con su familia y con cuanto poseen. Es preciso saber que por hospitalaria que sea la América, ha prohibido, sin embargo, la entrada en su territorio á los emigrados que no justifican poseer suficientes recursos para los primeros gastos de mudanza é instalacion en las tierras. A los emigrados convictos de indigencia, los despiden para su país por la mediación de sus cónsules respectivos.

—¡Ah! dijo sir James que había oído estas últimas palabras. Si el dinero no es una virtud humana, como no temen afirmar los moralistas, se le acerca tanto, que el mas hábil apreciador no podrá muchas veces determinar en un punto justo, la parte de estos dos elementos en la estimación de cada hombre á los ojos de la sociedad.

—Así, respondí yo riéndome, es siempre prudente tratar de merecer el aprecio de los hombres, uniendo á muchas virtudes el mas dinero posible.

—Antes que el ayuntamiento de Nueva York hubiese destinado el Castle-Garden para desembarco de los emigrados, es decir, desde 1855, me dijo el empleado que me daba estas noticias, los pobres alemanes eran víctimas de todos los tunantes y pillos de la ciudad, que los robaban á la hora y á la carrera. Daba lástima ver á aquellos pobres diablos, sin saber una palabra del idioma, perseguidos de ruegos y mentiras, y robados muchas veces hasta su último céntimo, y en su maleta, por esa categoría de bribones que llamamos aquí *runners*, y de que está infestada la parte baja de la ciudad. Gracias al Castle-Garden, que puede contener mas de diez mil personas, el emigrado pasa directamente desde el vapor que le ha traído de Europa al antiguo Castle-Garden. Declara su edad, su profesion, sus recursos pecuniarios y el paraje donde quiere ir á fijarse, etcétera. Todos estos datos se escriben en un registro. Despues, mientras aguarda que le dirijan á su destino, un médico certifica del estado de su salud, y le hace tomar un baño.

—Esta última operacion, observé yo, debe agradar á los emigrados que vienen en los entrepuentes de los navios como sardinas en banasta.

—No siempre, me dijo mi interlocutor. Mucho se ha celebrado en toda la ciudad, hace algunos meses, el terror de una vieja alemana, que se creyó perdida al quererla hacer tomar el baño de reglamento. La pobre mujer no se había bañado en la vida. Ello es que cuando oyó silbar el vapor en el caño y la mandaron desnudarse, dió espantosos gritos, llamando en su ayuda á todos los santos del paraíso. Púsose de rodillas, y suplicaba amargamente que la dejaran la vida. En vano se trató de hacerla entender que no se atentaba á sus dias sino á su desaseo. Temblando de ter-

ror no oía ni entendía lo que la decían, y concluyó por reclamar la intervencion del cónsul de su nacion. Como puede vd. calcular, no se llamó al cónsul, y á la vieja se la metió á la fuerza en el tan temido baño.

—Inútil es, dijo sir James, á quien el mareo había devuelto todo el buen humor de que antes carecía, si esa mujer sabía nadar.

—Volviendo á los emigrados, continuó el empleado, permanecen dos dias en Castle-Garden, en donde se les mantiene gratuitamente, y despues se les hace desocupar el local para otros.

—¡Vaya un desinterés ejemplar, digno de los antiguos patriarcas! dije yo.

—¡Oh! nuestros modernos patriarcas no valen lo que los antiguos, caballero, son menos sencillos y mas interesados. Para comprender perfectamente la naturaleza de la hospitalidad de la ciudad de Nueva York con los emigrados, es preciso saber todo lo que hay de profundo en el cálculo de los americanos, los mas grandes calculadores del mundo, y vd. lo sabrá bien pronto, cuando haya vivido entre ellos.

—¿Y cuál es su cálculo?

—El trabajo de cada emigrado está calculado: y los americanos aprecian por término medio en mil quinientos dólares el precio de cada uno.

—Muy bien, dijo con ironía sir James Clinton; ahora comprendo el filantrópico Castle-Garden, arrojado sobre la bahía como un enigma propuesto á la sabiduría de los recién llegados, que generalmente saben que los americanos no son hermanos de la caridad.

Sir James espresaba en sus apreciaciones sobre el pueblo americano, que no conocia todavía ese sentimiento de hostilidad, innato, por decirlo así, que los ingleses profesan á los americanos, y que estos les pagan con usura.

En este momento, habiendo sido registrados nuestros equipajes con la prontitud y celeridad que emplean en todo los americanos, saltamos al muelle. Echaron nuestras maletas y equipajes sobre la imperial de un enorme coche de diez plazas, que nos trasportó rápidamente al hotel de San Nicolás, costeano el Broadway.

CAPITULO IV.

EL HOTEL DE SAN NICOLÁS.

San Nicolás es uno de los mas bellos hoteles de la ciudad de Nueva York, que ciertamente encierra los mas hermosos establecimientos de este género del mundo entero, comprendidos el *Gran hotel del Louvre*, y el *Gran hotel de París*.

El aspecto exterior de San Nicolás es grandioso, sin que sea precisamente elegante; en cuanto al interior, realizaba la última palabra del lujo, aliado á la comodidad. Si hubiese en este hotel, como en la *Quinta Avenida* recientemente construida, ómnibus que suben y bajan, para bajar y subir á los diferentes pisos á los viajeros que quieren evitarse la pena de pasar por la grande escalera, no habiendo nada mas original que estos ómnibus, no dejaría que desear. El hotel de San Nicolás, construido en 1854, es todo entero de mármol blanco de Italia. Presenta una fachada de 300 pies sobre el Broadway. Esta magnífica mansion encierra seiscientos buenos cuartos, ricamente amueblados, iluminados con gas, adornados de alfombras y provistos cada uno de un hermoso receptáculo de mármol blanco con

AÑO XXIII. 5.

SEGUNDA SERIE.—1865.

dos elegantes caños de metal pulimentado imitando á plata. De estos caños se escapa día y noche, á voluntad de los locatarios, agua fría y agua caliente. Las camas no dejan nada que desear, aun á los mas habituados á la comodidad. En verano, los tapices de Bruselas que guarnecen de ordinario los cuartos de todos los hoteles de América, se reemplazan con esteras chinas, del aspecto mas fresco y risueño. En el piso bajo del San Nicolás, hay tres salas para comer, ricamente guarnecidas, que reciben regularmente de setecientos á ochocientos convidados todos los dias. Cerca de trescientos criados de ambos sexos, están encargados del servicio de la mesa en estos tres comedores. Se calcula que se consume diariamente en comida en este hotel, una suma de 7,500 francos (unos 29,000 rs). Al penetrar en San Nicolás, que presenta mas bien el aspecto de un palacio de príncipes que el de una casa pública, sir James no pudo menos de sentir un movimiento de admiración.

—Estaremos bien aquí.

Las palabras no tienen siempre la estricta significacion que les presta la convencion del lenguaje, y los términos se modifican muchas veces, segun la disposicion del espíritu de las personas que las usan. Para sir James, que no amaba á los americanos, esta simple confesion «estaremos bien aquí,» tomaba las proporciones de un cumplido estremadamente lisonjero. Esto queria decir: ¡qué hermoso establecimiento!

Nos instalamos en un cuarto pequeño, compuesto de dos alcobas y un salon; hubiéramos podido fácilmente pasarnos sin este salon en América, en que cada hotel posee un *pactor* mas ó menos grande, en el que los viajeros reciben sus visitas, y donde se reunen por la noche á ciertas horas para hablar en grupos, leer los periódicos, entregarse á la música, y aun bailar cuando quieren. Pero sir James, que queria poder recibir en su cuarto á sus conoimientos con toda comodidad y sin testigos, encontró muy conveniente el alquilar para este efecto un salon particular. Era, además, un medio en su pensamiento de protestar contra las costumbres y los usos de los yankees, á quienes detestaba por instinto, aunque amaba muchas veces por razon.

A las seis, un ruido de *¡gong!* parecido al estruendo del trueno, se hizo oír en todos los corredores del hotel. Supimos que aquel extraño ruido, casi espantoso, era para los habitantes del hotel la señal de comer. Por la mañana, á las ocho, el *¡gong!* hacia de las suyas para atraer los viajeros al desayuno, y por último tambien á la hora del *lunch*.

—¡Bárbaros! dijo sir James. ¿No podian pasarse sin tanto ruido para hacerle saber á uno que ha llegado la hora de comer?

Bajamos sir Clinton y yo para tomar puesto en uno de los tres grandes comedores. La mesa presentaba un golpe de vista de los mas lisonjeros. Vimos allí *ladys*, en tocado de baile, ostentar sus blancas espaldas á los admirados ojos de los convidados, que parecieron habituados á aquel género de espectáculo en un lugar público. En todas partes además, noté en el traje de los caballeros una reserva de buen gusto. La comida que se toma en los hoteles americanos no dejaria nada que desear, si la calidad de los alimentos correspondiese á la cantidad. Bajo el punto de vista culinario, los americanos ¡ay! no están muy adelantados á los ingleses, cuya cocina parece mas bien dispuesta para servir de pasto á salvajes, que para satisfacer el gusto de

una nacion civilizada. Todo me pareció horriblemente insípido, desde las legumbres, con agua y sin sal, hasta las pollas conservadas en hielo durante ocho dias, y asadas al horno. El agua helada es la única bebida que hay en las mesas americanas. Algunas personas se hacen servir vino; pero este complemento es muy caro. El Burdeos obtiene rara vez la preferencia sobre los vinos espirituosos de España y sobre el Champagne, que se bebe desde el principio de la comida, cuando uno no se acomoda al régimen demasiado atemperante del agua de Crotona. Nada es mas curioso y pintoresco que la manera de servir en todas las mesas de los hoteles americanos. Los platos son traídos y llevados por un regimiento de negros, que, sin pronunciar jamás una palabra, obedecen instantáneamente, y con una regularidad militar, las órdenes de un criado viejo, negro como ellos, silencioso como ellos, y que les manda por gestos. Hay un gesto que significa: *quítale los platos*; otro gesto que dice: *servid platos*; y otro gesto mas majestuoso que todos los demás, con el que quiere decir: *servid mas platos*.

Al levantarnos de la mesa, fuimos sir James y yo á dar un paseito por el salon comun del hotel. Allí es donde yo comencé á formarme una idea exácta del notable espíritu de libertad que reina por todas partes en los Estados Unidos. Este espíritu de libertad se manifiesta en todos los actos de la vida pública y privada, y puede decirse que se ha encarnado en la constitucion moral de todos los ciudadanos de esta república. Cada cual delante de todo el mundo obra como si estuviese solo, como si no tuviese que temer de nadie la menor observacion. Nadie, además, cualesquiera que sean sus modales ó el traje que lleve, parece ridiculo en los Estados Unidos. El sentimiento del ridiculo, que tiene un lado bueno y un lado malo, está desconocido en aquel continente. Cada uno hace lo que le da la gana, vistiéndose como quiere, hablando como le agrada ó como sabe, y obrando así no se espone á desafiar las preocupaciones de la moda, ni á servir de burla ni de critica de nadie, como sucede en Europa. Las mujeres, sin escitar la hilaridad de las otras, pasean por las calles de Nueva York en traje de organí color de rosa ó blanco cuando hace un frio de quince grados bajo cero, ó bien con una temperatura de cuarenta sobre cero van engalanadas con un traje de terciopelo negro. No solamente no intentan ridiculizarse, sino que ni aun en que es vestido fuera de estacion. En el salon en que entramos sir James y yo, vimos un centenar de personas, y nos pusimos á observar con esa febril curiosidad del extranjero recién desembarcado. Una mujer jóven se puso al piano, mientras que otras personas se paseaban, otras leían, otras hablaban de negocios de comercio, y algunas señoras y señoritas contemplaban lo que se hacia en torno de ellas recostadas en elegantes canapes de terciopelo, al mismo tiempo que parejas de uno y otro sexo *flirtaban* á media voz en los rincones y en los huecos de las ventanas. Ya se conoce hoy en Francia la significacion del verbo *flirtar*, verbo activo si los hubo jamás en los Estados Unidos. La *flirtacion* es el arte de conversar con una mujer con un sentimiento misto que participe en igual proporcion de la amistad pura y de la galanteria mas ó menos apasionada. Todo el mundo *flirta* en los Estados Unidos.

Las mujeres en América, ó para hablar mas exactamente, las señoritas, son verdaderamente niños mimados tan lindos, tan caprichosos, como terribles muchas veces. Tienen todos los derechos, hasta el de viajar solas.

Sin embargo, á decir verdad, ciertas modificaciones de

usos del bello sexo no se han introducido en los Estados Unidos sino de pocos años hace. Las señoritas de buena familia se muestran mas contenidas que antes. Hace veinte años llevaban en Nueva York lo que se llamaba allí la vida de soltera. Sin que su honor estuviese en peligro, aceptaban el brazo de sus adoradores, iban con él al café, á la fonda, al espectáculo y de viaje. Entonces, de tiempo en tiempo, recibían la visita de unas de estas jóvenes-muchachos, que aguardando el momento en que el himeneo fijase su corazón, ó los deberes de madre de familia la retuviesen en su casa, querían respirar con todos sus pulmones el aire de la independencia y de la libertad.

Vimos aquella noche en el *pactor* (en donde el lector no habrá olvidado que entramos sir James y yo) una linda y joven señorita que viajaba sola por placer y que no contaba con otros protectores que las leyes del país, y su hermano, que se hallaba en su morada de la Luisiana. Esta protección, aunque lejana, no era menos eficaz, como se pudo conocer. La aventura es bastante original para merecer que la contemos.

Un alemán mas rico que de talento y muy afecto á la hermosura, viajaba por los Estados Unidos. Vió, no sé en qué hotel de la ciudad á la señorita que acabábamos de encontrar en San Nicolás, y cuyas gracias y aspecto elegante fijaron su atención. Despues de haber sabido que viajaba sola, se creyó autorizado para hacerla la corte, lo que no fué del gusto de la señorita. Tuvo cuidado de decirselo categóricamente; pero el viajero no se desanimaba y la seguía por todas partes con la paciencia de un galán que no teme perder ni su tiempo, ni su dinero. Un día la señorita apostrofó al galán en estos términos:

—Caballero, es vd. feo.

—Y vd., señorita, encantadora.

—Además es vd. algo tonto y le detesto.

—Yo, señora, la adoro á vd. y la seguiré al fin del mundo.

—Se lo prohibo á vd.

—Estoy dispuesto á verter por vd. toda mi sangre.

—Sea; rogaré á mi hermano que venga á matar á vd.

—¡Matarme! La cosa es grave.

—No será mucha la pérdida.

—Usted quiere reírse de mí, señorita; pero la chanza es lúgubre.

—Hablo seriamente, y si mañana no cesa vd. de perseguirme con sus lisonjas y renuncia á seguirme por donde quiera que yo vaya, puede vd. considerarse como muerto. No digo á vd. mas.

El alemán trató de burlarse de aquellas amenazas, que cayeron sobre su amor como una capa de plomo; pero por terquedad no quiso ceder, y habiendo marchado la muchacha á Filadelfia, se puso en camino tras ella. Algunas horas despues de haberse reunido con la que importunaba tan tontamente con sus requiebros, recibió el telegrama siguiente, fechado en Nueva Orleans:

«Caballero

»Soy el hermano de la que vd. persigue con sus importunos obsequios. Si hoy mismo no abandona vd. la ciudad, tendré el placer de levantarle la tapa de los sesos.

»Reciba vd., caballero, la seguridad de mis cumplimientos de consideración.

«César B.....»

P. D. »He reflexionado, para no perder tiempo y evitarme los disgustos del viaje; voy á escribir á uno de mis

buenos amigos en este momento á Filadelfia, Roberto Graham, para que le mate á vd. si es necesario. No me rehusará, estoy seguro, este pequeño favor.»

César B..... y Roberto Graham eran los dos mas terribles duelistas de Nueva Orleans, el país de los duelos por excelencia. Los dos habian muerto y herido ciento diez hombres en el curso de su vida, regularmente agitada. Nuestro alemán, atacado de repente de un terrible deseo de ver los saltos del Niágara, no aguardó á la mañana siguiente para satisfacer su curiosidad. La casualidad, la pura casualidad sin duda, no permitió al demasiado galante viajero seguir teniendo la dicha de contemplar al objeto de su amor, que pudo desde este momento viajar con toda libertad. ¿No es una bella invencion el telégrafo eléctrico?

Reparé hacia unos momentos que sir James Clinton miraba con mucha insistencia á un personaje metido en un rincón del salón, y cuya fisonomía ofrecía alguna cosa de extraño y misterioso. Habiendo encontrado desocupado un canapé, —Sentémonos aquí, dijo el coronel. ¿Ve vd. allí abajo, en la direccion del piano, un hombre que tiene un periódico en la mano?

—Sí, pero que no lee.

—Largos bigotes negros.

—Cabellos igualmente negros y partidos en la frente á la manera de Jesucristo.

—¿Le habia vd. reparado ya?

—Sí, porque vd. le estaba observando ¿Le conoce vd.?

—Ese rostro no me es desconocido, y creo haber reparado que tenia muchas veces los ojos fijos en mí. ¿Es vd. fisonomista?... En cualidad de pintor, debe vd. serlo.

—Confesaré á vd. que en cuestiones de fisonomía no soy perisamente un Lavater..... A la verdad, ese personaje me hace el efecto de un bandido; tiene el aire feroz y astuto, las maneras embarazadas y los ojos chispeantes de codicia; pero con ese exterior no juraría que no era el hombre mas honrado del mundo. ¡Cuántas mujeres, por ejemplo, he tenido por modelos para pintar vírgenes que.....

—Sí, si, tal vez tiene vd. razón; si es lo que parece, apostaría á que ese hombre medita alguna mala accion..... Mire vd., está registrando sus bolsillos.

—¿Qué diablos va á sacar de ellos?...

—Lo veremos.

En esto se levanta el sugeto que espiábamos y se dirige hácia nosotros.

Aquel personaje misterioso marchó lentamente y con vacilación; teniendo siempre fijos los ojos sobre el coronel. Cuando no estuvo mas que á un paso de distancia de él, se detuvo y con voz débil y tímida le dijo:

—Perdone vd. mi indiscrecion..... ¿Es vd. á quien tengo el honor de hablar?

—Caballero, respondió el coronel soltando una carcajada, todas las veces que me hablan es á mí y no á otro.

—¡Ah! dijo el desconocido, no me he equivocado, vd. es el coronel sir James Clinton..... ¡Cuán feliz soy en haberle vuelto á ver!... ¿No me conoce vd., coronel?

—Aguarde vd., dijo sir James mirándole de los pies á la cabeza; pero vd. antes era rubio.

—Lo era todavía ayer.

—Usted no tenia bigotes.....

—No, nunca, sino desde esta mañana.

—¡Pardiez! vd. es el excelente Arturo Lee, que un día en Escocia tuve la desgracia de tomarlo por un corzo..... ¿Usted en América, querido?

—¡Ay! sí, coronel, por mis pecados. Con el dinero que tan generosamente vd. me habia dado para castigarse de tener buen ojo, vine á Nueva York donde compré una partida de quincalla. Me gusta la quincalla, pero desgraciadamente la quincalla no me paga. Mi almacen estaba mal situado y me vi forzado á liquidar, despues de seis años de desgraciadas luchas. Estaba enteramente arruinado. Entré de dependiente al servicio de uno de mis felices concurrentes para quienes la quincallería es una rosa sin espinas. Llegué, despues de numerosos y penosos viajes por todas las partes de América, hasta en el pais de los Mormones, por segunda vez á tener fortuna de mi cuenta.

—¿Siempre en la quincalla? preguntó el coronel.

—No, señor, contestó Arturo. Esta vez fué en la relojería. La quincalla, á la que no he renunciado sin haber reflexionado maduramente, no me ofrecia sino penosos recursos y pocas ventajas. Me dejé persuadir por un suizo, y éste ¡el miserable! me hizo ver que nada presentaba mas escelentes ventajas que el comercio de los relojes, como se demostraba habiendo yo pagado setenta y cinco dollars por el reloj quéllevo y que no vale cuarenta.

—Y vd. esperaba sacar de los demás los mismos beneficios que habian sacado de vd.

—Naturalmente; solo que yo habia contado sin mi suizo,



Vista de Nueva York, tomada desde Brooklyn.—Dibujo de Thorigny.

que me ha robado completamente, y se lo ha llevado todo durante una ausencia de veinticuatro horas. Mi primer pensamiento fué ir á quejarme á la policía y dar orden de prender al culpable, que habian visto aquella misma mañana en el hotel de San Nicolás; era probable que entonces se le hubiese encontrado en este hotel todavia con los objetos robados; pero no quise hacer nada con precipitacion, y segun mi costumbre, me puse á reflexionar si este medio de obrar no presentaba algun inconveniente. Despues de cuarenta y ocho horas de reflexion, no ofreciéndome garantías suficientes la policía de Nueva-York, que hace con frecuencia causa comun con los ladrones, me decidí á hacer por mi mismo la prision del culpable.

—¿Y lo ha arrestado vd.?

—¡Va vd. á verlo! Era necesario mi disfraz, porque es evidente que mi ladron hubiera echado á correr en cuanto me hubiese visto. Era cosa de reflexionar sobre los medios de disfrazarme. Habiéndome hecho la naturaleza imberbe y con cabellos rubios, me pareció oportuno teñirme la cabellera de negro y guarnecer los labios de espesos bigotes, como me ve vd. Pero yo sabia que todos los tintes contienen sustancias nocivas, cuya accion sobre la epidermis es muchas veces peligrosa. No queriendo añadir una nueva desgracia á la de que yo era victima, destruyendo yo mismo mi epidermis despues de haberme destruido mi bolsa el bribon del suizo, me fui con un frasco de tinte á casa de



un químico amigo para que analizase el líquido y me dijese con toda conciencia si podría ser pernicioso su aplicación.

—Pero vd. perdía, con su exagerado temor, un tiempo precioso de que el ladrón se aprovecharía para huir.

—¡Verdad es! Pero hay cosa mas preciosa que la epidermis? ¿Había de obrar con precipitación y esponerme á consecuencias irremediables? En una palabra, hecho el análisis me demostró que podía hacerme teñir una vez, sin riesgo de la influencia dañosa de el nitrato de plata, el color de los cabellos. Reflexioné por último vez sobre el conjunto de medios que debía de adoptar para asegurarme de mi infiel

asociado, y resolví que al día siguiente, que es hoy, pondría mi plan en ejecución.

—¡Cuánta lentitud! exclamó el coronel.

—Esta mañana, teniéndolo todo dispuesto, me teñí los cabellos, me puse los bigotes, y aguardé así la noche para venir con mas seguridad á esperarle á este salón.

Concluida esta relación, de prodigiosa sencillez, soltamos una carcajada el coronel y yo.

—Mi pobre Arturo, le dijo éste, dándole amistosamente un golpecito en el hombro, el suizo esté vd. bien persuadido que no le aguarda. Si yo he consentido en darle á vd. un



Broadway, en Nueva York.

buen consejo es por desembarazarle de sus bigotes que le incomodan mucho y á que aguarde lo mas filosóficamente del mundo á que su pelo recobre su color natural.

—¿Y qué va á ser de mí, ahora sin recurso alguno?

—Quede vd. con nosotros. La intención de este caballero y la mía es viajar por los Estados Unidos hasta que nos dé la gana de volvernos á Europa. ¿Quiéreme vd. ser de nuestro viaje en calidad de guía? Acepte vd. y somos felices.

—Seguramente, respondió Arturo he reconocido bastante en todos sentidos la América y conozco bastante bien cuanto puede interesar á los extranjeros para llenar de un modo digno las funciones de guía. ¿Pero debo abandonar así, bruscamente la captura tan largo tiempo meditada de mi ladrón?.... lo reflexionaré.

—Tiene vd. ocho días para reflexionarlo, le dijo sir James.

—Pocos son ocho días, replicó Arturo.

Arturo era un tipo. En él era sensato el primer movimiento; pero todo lo echaba á perder siempre por la reflexión. Tenía la enfermedad de la reflexión. A fuerza de pesar el pró y el contra de cada cosa no se decidía á nada; y cuando al fin tenía que tomar un partido, era siempre con el sentimiento de no haber tenido bastante tiempo para reflexionarlo.

Siendo empleado en Escocia en una propiedad en que sir James debía cazar unas zorras, su maldita manía de la reflexión estuvo á punto de costarle la vida. Se puso á reflexionar entre unas matas sobre el cumplimiento de una

órden que le habían dado, cuando pasando su amo que iba de caza y viendo moverse un bulto entre los matorrales creyendo que era un zorro, le disparó un tiro. Un penetrante grito de Arturo advirtió al coronel que no era un zorro al que había dado. Afortunadamente sir James había tirado desde muy lejos y solo algunos perdigones habían ido á alojarse en las partes carnosas del pobre diablo, que con tres dias mas de cama y algunos dias de tomar precauciones para sentarse, logró ver cicatrizadas sus ligeras heridas, que el generoso coronel recompensó con doscientas libras esterlinas ó sean diez y nueve mil reales. A este precio Arturo hubiera consentido cada quince dias de servir de zorro al coronel.

Este es el hombre que debíamos de tener por guia el coronel y yo en nuestras peregrinaciones de viajero.

Desde el día siguiente vino Arturo al hotel de San Nicolás para acompañarnos á visitar la ciudad, pero solo en calidad de guia oficioso, queriendo todavía reflexionar antes de aceptar el título de guia oficial.

(Se continuará).

ENSAYOS POETICOS

Y ARTICULOS EN PROSA

DE DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

obras de encargo coleccionadas por el mismo.

Si el objeto único del critico, que se propone escribir un artículo sobre las doctas producciones de un ilustre varon, fuese el de hacer alarde de doctrinas profundas, de vasta y peregrina erudicion y de ingenio sutil, conociendo nuestros pocos alcances y nuestras limitadas luces, lejos de coger la péñola para juzgar las obras de don Juan Eugenio Hartzenbusch, nos contentariamos con estudiarlas. Pero sabido es, que una esposicion clara y sencilla, acompañada de reflexiones oportunas, puede ser, tal vez, aunque parta de un escritor mediano y oscuro, útil y provechosa para quien no haya leído las obras originales de un autor que disfruta de merecida fama.

Las producciones dramáticas del señor Hartzenbusch, reproducidas muchas veces con estrepitosos aplausos en nuestros coliseos, y publicadas tambien en la docta Alemania, las conoce todo el orbe literario, y hablar de ellas en estas columnas, seria lo propio, como dice el antiguo refran griego, que *llevar vasos á Samos y murciélagos á Atenas* (1). Nos limitaremos á hablar, pues, de sus *Ensayos poéticos y artículos en prosa, literarios y de costumbres*, dados á luz en Madrid el año de 1843, y de sus composiciones insertas en una nueva coleccion titulada *Obras de encargo*, publicadas tambien en esta noble villa en 1864.

En sus *Ensayos* merece, á nuestro entender, un lugar preferente el de los *Recuerdos del Dos de Mayo*. Todos sus versos, armoniosos y bañados de tristeza, respiran un acendrado amor á la patria, y revelan el númen del vate y su profundo dolor, hermanados con la santa indignacion que

(1) Este refran trajo origen de la abundancia y perfeccion de los vasos de tierra, que se hacian en Samos, y del crecido número de murciélagos, que habia en Atenas y en toda el Atica.

rebosa de los corazones generosos, cuando un prepotente extranjero, llevado en alas de su desenfrenada ambicion, se propone hollar todas las nacionalidades: los versos siguientes confirman nuestro aserto:

¿No escuchais esa campana
Que se mece en lento giro?
Cada son recuerda un tiro
Que una vida castellana,
Dejó al mundo que llorar.

Fementidos extranjeros
Que aguzaban solapados
Contra España los aceros,
Falsamente encaminados
A talar otra region,
Desnudáronse aquel día,
Que enlutó su verde á mayo,
Del disfraz que los cubria,
Y del trono de Pelayo
Profanaron el blason.

Generoso y no prudente,
Tuvo el hijo de los Cides
A sus plantas la serpiente,
Y por no temer su diente
Carinoso la halagó:
Y á su salvo la traidora
Derramó en el seno amigo
La ponzoña matadora:
¡Cruda herida que aun se llora
Porque el tiempo la enconó!

Sin defensa abandonado
Vióse entonces el ibero:
Su monarca deslumbrado,
Por escrúpulos de aliado
Se olvidó de que era rey.
Nos mandaron las legiones
Del isleño codicioso
Con la voz de sus cañones,
Abatir nuestros pendones,
Renegar de patria y ley.

Y al insulto ardiendo en saña
Fulminó su rayo España,
Y en refriegas pertinaces
Disipáronse las haces
Que juntó el gran adalid:
Y á las puertas de Vitoria
Completóse al fin la gloria
Que los cielos prometieron
A los tristes que murieron
En el Prado de Madrid.
etc., etc.

La Vida, pintura muy delicada de las edades del hombre, escrita en versos italianos por el inmortal Metastasio y traducida al castellano por el señor Hartzenbusch, es uno de los trozos mas elegantes y elaborados de sus *Ensayos*.

Se cree generalmente, que el que traslada de uno á otro idioma algunas producciones, bien sean clásicas ó no, ó todo un libro, debe ocupar siempre un puesto inferior á los que emiten ideas propias, escribiendo obras de fondo.

Esta preocupacion muy perjudicial á la literatura, ha dado origen á una multitud de traducciones pálidas, endebles y pedantescas, porque muchos entre los que blasonan inmercidamente de literatos, suponen haber cumplido con escrupulosidad su alta mision, traduciendo las palabras y frases de una á otra lengua, sin reparar en que la construccion de los periodos, la energia y fuerza de algunas palabras, la sintaxis y todo lo que constituye el genio de un idioma tiene un timbre especial: asi que en los escritores más elegantes se notan frases y modismos, que traducidos literalmente á otro idioma, se convierten en ridiculeces, que provocan la risa, ó llegan á ser incomprensibles.

Entre los vates, que han hecho resonar los acordes armoniosos de su lira bajo el hermoso cielo de Italia, Metastasio, poeta eminente por su espontaneidad é ingenua elegancia, es uno de los que ofrecen mayores dificultades al que intente traducirlos: ¡Oh cuán difícil es esa facilidad! decia el conde Algarotti, hablando de Metastasio: y Cervantes aludia á ese mismo don, que la naturaleza prodiga únicamente á sus hijos predilectos, cuando dijo el cura, que tenia en sus manos el Ariosto para arrojarle á las llamas: *Si habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.*

De todo lo que acabamos de consignar se deducen dos cosas: primera, que un buen traductor necesita conocer á fondo el idioma del que traduce, y el en que escribe: segundo, que su inteligencia y espritu se han de connaturalizar con los del autor original en términos, que sus pensamientos é ideas no pierdan su colorido propio, ni su fuerza y energia. En fin, una traduccion no será nunca perfecta hasta que no se haya realizado de antemano aquella especie de metempsicosis filológica, que encarna en el entendimiento del traductor todas las dotes de su original, como se nota en el Aminta de Tasso, vertido al castellano por don Juan de Jáuregui. ¡Ojalá saliera igualmente airoso en su Farsalia, que nada tiene de recomendable, y que comparada con el Aminta, nos recuerda estas palabras del vate Mantuano: *¡Quántum distat ab illo!* Una buena traduccion, pues, ofrece graves dificultades, y hecha por mano maestra, no dá á un traductor menos gloria y lustre que á los escritores mas originales.

Pero, volviendo nuevamente á nuestro tema, no vacilamos en afirmar que el señor Hartzenbusch en su traduccion del trozo de Metastasio ha sabido vencer con superioridad de talento las mayores dificultades, y que ha dado á su patria una copia exacta, fiel y muy elegante del cuadro de nuestra vida, bosquejado por el vate italiano: sus versos son estos:

¿Por qué la vida nos parece bella?
¿Qué placer nos ofrece mientras dura,
Si no hay edad ni condicion en ella
Que dolor no se vuelva y amargura?
Niños, un ademan nos intimida;
Juguete somos en la edad florida
De la fortuna y del amor insano;
Y al fin cubiertos de cabello cano,
Abrumados gemimos
Al peso de los años que vivimos.
Ya el ansia de adquirir nos atormenta,
Ya el temor de perder nos pone susto:
Lid continúa y violenta
Entre si tienen siempre los malvados,

Y perdurable lid tambien sustenta
Contra la envidia y la falacia el justo.
Fantasmas engendrados
Por loca fantasía,
Sueño, delirios son nuestros cuidados;
Y cuando al cabo con vergüenza un día
Se desengaña nuestra mente ciega,
Entonces es cuando la muerte llega.

Nosotros, nacidos y educados «en el bello país, como dijo Dante, en que el *si* suena (1)» juzgándonos jueces competentes en esta circunstancia, hemos leído repetidas veces con mucha satisfaccion los versos que acabamos de transcribir del señor Hartzenbusch, porque, confrontándolos cuidadosamente con el original, hemos visto que nuestro ilustre traductor, no contentándose con verterlos al castellano con elegancia y esmero, les ha dado tambien el colorido propio, de Metastasio y su facilidad y sencillez.

Sin enumerar uno por uno los *Ensayos poéticos* del señor Hartzenbusch, persuadidos de que cuanto queda consignado ya, acerca de ellos es un claro testimonio del mucho mérito de nuestro vate, que da grandeza y lustre al Parnaso ibero, creemos ahora muy del caso aplicar á sus *Ensayos* un verso de Marcial, trocando su última palabra con otra muy distinta. El poeta latino dice, hablando de sus *Epigramas*:

Sunt bona, sunt quaedam mediocria, sunt mala plura:

Y nosotros refiriéndonos á los *Ensayos* de Hartzenbusch, decimos:

Sunt bona, sunt quaedam mediocria sunt mala pauca.

El señor Hartzenbusch en sus fábulas, que forman parte de los *Ensayos*, se distingue por la sencillez y naturalidad de su estilo, por el colorido de sus versos, siempre fáciles y espontáneos, y en algunas de ellas se nota una imitacion muy feliz del inmortel La Fontaine. Pero nosotros, en atencion á que el señor Hartzenbusch conoce el alemán y ha vertido al castellano con gracia y elegancia algunas fábulas de Gellert, (2) habríamos deseado, que nos diera otras del mismo autor, que en ese género de poesia ocupa un puesto preferente en Alemania, y superior, á nuestro entender, al de Lessing, que como dice el mismo Hartzenbusch en su *Advertencia*, «escribió el apólogo, partiendo de un principio diferente del que han tomado «por base los fabulistas «de otras naciones, los cuales trataron siempre de espresar «la moralidad del modo mas claro. Lessing se propuso de «jársela adivinar al lector, creyendo sin duda, y no sin motivo, que de una misma combinacion se podia sacar un documento moral, otro literario, otro político y religioso y «que este documento ó máxima podia ser diverso en cada «país y en cada época: fijando la moralidad, solo servia la «fábula una vez, omitiéndola, podia usarse siempre.»—Lo

(1) A las lenguas vulgares, que nacieron del latin, se las dió el nombre de sus correspondientes particulas afirmativas. La provenzal, cuya afirmacion era *oc*, fué llamada lengua de *oc*; la francesa, lengua de *oui*, porque esta fué siempre su particula afirmativa, y la italiana fué llamada por lo mismo lengua del *si*, como lo espresa Dante, V. Can 33 de su *Divina Comedia*.

(2) Las fábulas á que aludimos forman parte del tomo de obras escogidas del señor Hartzenbusch, impresas en Paris por Baudry, 1850.

que dice el señor Hartzenbusch es muy filosófico; pero debemos parar mientes, en que una fábula, cuya moralidad es enigmática en términos que pueda tener una multitud de interpretaciones, aplicándose ya á lo moral ó literario, ya á lo político ó religioso, facilita la senda al error y á las mas lastimosas equivocaciones. En Gellert, por el contrario, la moralidad de sus fábulas, parece siempre una consecuencia lógica de su argumento, y en esta coyuntura juzgamos del caso referir una anécdota que tal vez ignoran muchos de nuestros lectores. Federico II de Prusia, adorador entusiasta de la literatura francesa, y que tuvo siempre en muy poco aprecio la de su país, hablando un día con uno de su corte dijo, que la Alemania no poseía un fabulista como La Fontaine. El hombre á quien aludimos contestó respetuosamente: «Majestad, tenemos á Gellert, que no desmerece bajo ningún concepto al lado del fabulista francés.» Entonces Federico le mandó venir á su presencia y le dijo: «Sé que tú eres el La Fontaine de la Alemania, si tienes alguna fábula inédita quiero leerla.—Majestad, tengo una que puedo repetir de memoria.»

Entraron en el estudio de un pintor, artista eminente, dos hombres: el uno ignorante y lerdo, el otro muy entendido en bellas artes. El primero fijó la mirada en un cuadro; y el segundo en otro muy distinto. El que era buen crítico y juez competente en la materia, después de haber observado con detención la pintura, que se había ofrecido á su vista, dijo: «Este cuadro tiene buena entonación, y los personajes no carecen de movimiento y vida; pero los que figuran en último término no tienen mucha ilusión óptica ni bastante relieve.» El pintor se acercó al cuadro le miró con reposo, y luego dijo al crítico: «Usted tiene razón: corregiré estas faltas.» El otro hombre, dirigiéndose á los dos, exclamó: «El cuadro, que tengo ante mis ojos es perfecto, es una verdadera excelencia, es un prodigio del arte.» Entonces el pintor cogió furiosamente su brocha, empapada en varios colores, é inutilizó el cuadro, borrándole. «Muy bien, dijo Federico, pero ¿qué moralidad deduciremos de esta fábula?—Majestad, la que sigue, que es muy sencilla:—«Cuando un necio te prodiga elogios desiste de tu empresa, porque los necios alaban siempre lo peor; pero si un hombre entendido admira tus obras, no dejando de notar al propio tiempo sus defectos, corrige estos últimos, y júzgate afortunado por los elogios que has merecido.»

Esperamos que el señor Hartzenbusch, cuya laboriosidad nadie ignora, no dejará mas adelante de satisfacer nuestros buenos deseos, dando á su patria la traducción de todas las fábulas mas selectas de Gellert. En tanto nosotros, aunque conocemos muy poco el alemán, y como decían los latinos «claudicante pede,» nos atrevemos á afirmar, que así la traducción libre de las fábulas de Lessing, escritas en prosa y vertidas al castellano en verso por el señor Hartzenbusch, como su traducción de la *Infanticida* y la *Campana*, de Schiller, y la flor *No me olvides*, traducida también del alemán, no carecen de mérito, porque conservan todas el colorido muy propio de los escritores del Norte, que se inclinan mas bien á la meditación profunda que á la alegría.

Los artículos en prosa del señor Hartzenbusch: *Exámen del teatro de don Ramon de la Cruz*, *Noticias sobre la vida y escritos de don Dionisio Solís*, *Discurso sobre las unidades dramáticas*, *Apuntes leídos en el Ateneo*, revelan todos el hombre erudito y el buen crítico.

Nuestro autor juzga con admirable tino la medianía del genio dramático de don Ramon de la Cruz, los tiempos difíciles que alcanzó, su carencia de invención, el escaso mé-

rito de sus sainetes y su falta de originalidad. No deja de disculpar, sin embargo, algunos de sus defectos, y de poner en conocimiento de los lectores lo que tienen de recomendable sus producciones.

En la reseña de la vida y los escritos de don Dionisio Solís, el señor Hartzenbusch recorre con brio y como un verdadero sabio, el anchuroso campo que se despliega á su vista. Describe á grandes rasgos y con viveza de colores las tristes vicisitudes que acibararon en este valle de miserias la existencia de Solís, vate dramático eminente, y de cuya pluma ejercitada salieron composiciones dignas de la Melpómene ibera; reproduce algunos trozos de ese ilustre varón, traducidos ó imitados de dramáticos extranjeros, luego dice: «La Sociedad patriótica de la Habana le nombró su socio corresponsal, en muestra de la estimación que hacia de sus escritos, de los cuales habia visto la *Camila*, y unas composiciones líricas que poseía el secretario de aquella corporación don N. del Monte: esta fué la única demostración de aprecio que debió Solís á España, y no se la dieron los españoles de la Península.» Hartzenbusch pone término á su reseña con estas palabras: «Solís murió oscuramente en Madrid, como habia vivido, por agosto de 1834.»

Estas noticias literario-biográficas las proporcionó á nuestro autor el último hijo del vate infortunado, que se llamaba también Dionisio, como su padre; y nosotros, que le hemos conocido con alguna intimidad, podemos añadir, que este Dionisio, que fué buen médico-cirujano, hablando un día de los escritores, que han dado lustre al Parnaso hispano, nos dijo las palabras, que ponemos á continuación: «Mi padre fué poeta, dotado de mucho númen, pero las Musas no ampararon su miseria, y pocos horas antes de exhalar el último suspiro, me habló en esta forma: «Hijo mío, no escribas nunca versos, y no olvides que los literatos de profesión y los vates suelen tener la misma suerte que yo.»

De los muchos fragmentos de Solís, que transcribe Hartzenbusch, vamos á reproducir con preferencia á todos los demás el que lleva por título *A LA GUERRA DE ESPAÑA Y FRANCIA*, no solo porque lo juzgamos uno de los mejores por su mucha elegancia y sus versos elaborados y armoniosos, sino tambien porque encierra pensamientos patrióticos y liberales que rayan en lo sublime.

¡A las armas! no hay medio: del tirano
Que á Francia oprime y que su trono afrenta,
¿No oís cuál ruje en la traidora mano
La bárbara cadena con que el cuello
De la indomable España atar intenta?
¿No oís tronar con eco repetido
El duro bronce? ¿y la arborosa frente
Ondular no mirais del Pirineo,
De marcial trompa al bélico sonido?
Un estruendoso, un rápido torrente
De armas y armados desde su alta cumbre
¿No mirais descender hácia los llanos,
Hácia los llanos que en su ameno curso
El Ebro undoso á fecundar camina,
Amenazando á nuestra cara patria
Llanto y desolación, muerte y ruina?
¿Pues qué esperais, indómitos iberos?
Brille el pendón del castellano Marte
A las lumbres del sol, y los aceros
Que en San Marcial de sangre aborrecida
Bañasteis animosos.
Las sombras contemplad, que coronadas

De las palmas del triunfo en nuestros campos,
 Sacan de sus sepulcros tenebrosos
 La noble frente, y ¡LIBERTAD! os claman:
 Y sus pechos mostrando
 Por ella rotos, pero no rendidos,
 Incitándoos están á la pelea,
 Y en vuestro amparo el sacrosanto númen
 Lllaman de Maraton y de Platea.
 A su acento, miradle, corta el eter
 Con alas de oro; de bronceo cerco
 La sien corona, el asta luminosa
 Blande terrible, y de esplendor inmenso
 Llena la tenebrosa
 Tierra, como brillar tras noche umbria
 En el radioso Oriente
 Se mira al astro creador del día.
 El os llama á la lid, él de la espada
 Os arma de Milciades, y quiere
 Que en torrentes de sangre desatada
 Arda fulminea en españolas manos,
 Cual funesto cometa
 Nacido, solo á amedrentar tiranos.
 «Por esta senda, os dice, se camina
 A la inmortalidad: senda es de sangre,
 Pero senda es de honor, de donde el héroe
 Nunca el paso declina. ¿Y cuál mas fértil,
 Cuál mas fecundo en héroes cria el cielo
 Que el hispánico suelo?
 ¡Patria del Cid y patria de Padilla!
 ¡Oh tú, inclita Castilla!
 Aun en tus montes respirando el aura
 De dulce libertad, nace el soldado
 Con pecho denodado
 A contrastar lidiando á la fortuna;
 Aun su dichosa cuna
 Sombra de triunfos plácida rodea;
 Aun el hórrido son de la batalla
 A su oído impertérrito recrea;
 Al eco de la trompa se adormece,
 Y entre franceses huesos
 La libre madre sin temor lo mece.
 Ea, pues, al combate; siempre al lado
 Me tendreis, confiad, de acero y saña
 Y de furor armado.
 El estandarte de la libre España
 Sea terror al mundo: el sacro nombre
 De libertad con sonoro estruendo
 Del pérfido Luis en la áurea estancia
 Haced que suene horrendo:
 Oigalo y tiemble en sus orillas Francia;
 Oigalo y tiemble; que del númen mío
 Los animosos pechos inflamados,
 A vuestras armas de mi culto fio
 Que la gloria estendais. Apresurados
 Corred, héroes de Hesperia:
 Corred, y el eco horriblo retumbe
 De patria y libertad la ártica Tetis,
 Del alto Calpe al áspero Rifeo,
 Del mar de Frijio al turdetano Betis.
 Que en vano contra España tiende al aire
 Las abatidas lises
 El tirano francés; en vano llama
 Huestes de mercenarios asesinos,
 Que en nuestra ofensa con su acento inflama.

SEGUNDA SERIE.—1865.

Lleguen, que los caminos
 Abiertos les están por donde entraron
 Sus padres, y las tumbas que ocuparon:
 Lleguen, que armados de inclita osadía,
 Del Ter ocupa la ondulante arena,
 Blandiendo en alto el triunfador acero,
 Mina terror del Sena,
 Y Abisbal y Morillo y Ballestero,
 Que aun no marchito á la sublime frente
 Cifien el patrio lauro
 De las francesas lides, y su fuerte
 Brazo es aun ministro de la muerte.
 Sus, ¡españoles! al combate: el canto
 De la lid entonad; canto que infunde
 De los tiranos al oído espanto,
 Cuando rápido al aura se difunde.
 Por mi lidiais, en pos de mí y á sombra
 Del estandarte de la patria: sangre
 Cubra los campos de purpúrea alfombra,
 Sangre francesa; y de uno y otro río
 Corran triunfantes las cruentas olas
 De la hispana Anfítrite al seno frío.
 Las cimas escalad, las altas cimas
 Del helado Pirene;
 Y el bisoño soldado en nombre mío
 Su ánimo en ellas y su acero estrene.
 ¿A qué esperáis? mirad como en tumulto
 Pisa vuestro confin el bando impío:
 No es español quien el traidor insulto
 No sale á resistir. Héroes, seguidme:
 Encuentre á nuestras manos su ruina
 Esa vil muchedumbre.
 La patria os llama, el cielo os patrocina:
 No receleis, abierto
 El camino teneis «el triunfo es cierto.»

El *Discurso* del señor Hartzenbusch sobre las unidades dramáticas, á pesar de que no encierra ideas nuevas, porque, como él mismo lo dice, se ha escrito tanto acerca del particular, que se ha agotado la materia, no deja de ser apreciable bajo varios conceptos. Nuestro autor desenvuelve su argumento con maestría, con crítica profunda y con una erudición muy vasta y selecta. En su discurso figuran Corneille, Racine, Moliere, Destouche, Alfieri, Voltaire, los antiguos dramáticos españoles y las dos escuelas, clásica y romántica. El señor Hartzenbusch, ateniéndose mas bien á lo que dicta la sana lógica, que á la multitud de reglas emitidas por los clásicos mas escrupulosos, que exigen la estricta observancia de las tres unidades, de accion, de tiempo y lugar, y desaprobando la demasiada licencia de los románticos, demuestra que la unidad de accion, siempre necesaria á la fábula dramática, no la ha pasado por alto ninguna de las dos escuelas, y que las otras dos unidades secundarias no tienen una aplicacion inviolable, porque está con frecuencia en abierta contradiccion con el buen sentido suponer que el hecho, que se produce en la escena, no haya durado mas de las veinte y cuatro horas, y siempre en un mismo punto, sea una casa ó una pública plaza; al paso que parece mas natural que haya sucedido en un período de tiempo mas largo y en distintos lugares. Pero hablando nuestro autor de las tres unidades, dice que el hombre dotado de génio, puede violar tambien la de accion, siempre que llevado en alas de su númen, lejos de perjudicar á la fábula dramática, la da mas grandeza, lustre y variedad,

AÑO XXIII. 6

porque en las representaciones teatrales es bueno y laudable, sin escepcion ninguna, lo que divierte, y muy malo lo que fastidia. Esto es cierto, y lo que dice el señor Hartzenbusch con respecto al genio, que puede impunemente sobreponerse á los preceptos, nos revela dos cosas: primera; la ingénita nulidad de los pedantes que creen que el hombre, que sale del angosto recinto de las reglas, es culpable de lesaliteratura y un profano indigno de pisar el umbral del templo de Minerva: segunda; que el genio, verdadero destello de la inteligencia divina, constituye leyes nuevas y formula doctrinas que no están al alcance de los hombres medianos.

Nuestro autor recopila, por último, sus ideas en esta forma: «Mi opinion, pues, acerca de las unidades dramáticas es que la de accion es necesaria al poema escénico, que debe observarse, y que la han observado todos los buenos autores de todos tiempos y sistemas, unos con mas latitud, otros con menos, pero siempre dentro del ámbito de la regla que es lata por sí, y que debe su establecimiento á la sana razon y no al capricho de un preceptista; que respecto á las unidades de lugar y de tiempo puede usar el poeta de todo el ensanche que requiera una accion bien escogida, sobre todo en los entre actos; y en fin, que los dramáticos modernos franceses de nota, destructores en su país de un poder que en España nunca estuvo muy firme, no se han tomado generalmente en el uso de estas dos unidades de lugar y de tiempo, una licencia tan excesiva, que merezca las acusaciones continuas que se les dirigen, acusaciones en las cuales no tanto veo una opinion, hija de un exámen malduro, como un efecto de que aun en los dominios de la critica ejerce tambien la moda su tiránico imperio.»

Nosotros estamos perfectamente de acuerdo con todas las ideas y observaciones muy sensatas, que contiene el discurso del señor Hartzenbusch; pero en atención á que los padres del arte dramático fueron los griegos, maestros en todo género de literatura, nos inclinamos á creer que nuestro autor, critico muy juicioso, habria obrado con mas acierto, si hablando de las tres unidades, apoyara su opinion no solo en el teatro moderno sino en el antiguo, con repetidos ejemplos, entresacados de Esquilo, Sófocles, y Eurípides, como lo hizo Metastasio en sus Comentarios de las dos poéticas de Aristóteles y Horacio.

Nuestro autor no deja de apuntar en su Discurso, que los dramáticos españoles usaron de un lenguaje muy libre, sin que el gobierno ni la Inquisicion les censurara en la época feliz en que la España tuvo un teatro verdaderamente nacional. Lo que afirma el señor de Hartzenbusch es indisputable; pero ¿no habria sido muy del caso en esta circunstancia dar á los lectores una idea de las comedias de Aristófanes, que ya tienden con chistes muy satíricos á ridiculizar, ya á poner en conocimiento de los atenienses los desmanes y la astucia de sus gobernantes con tanta fuerza y viveza de colorido, que el rey de Persia dijo un dia á los embajadores de Atenas: «Si vuestros compatriotas dan oido á los consejos de Aristófanes, se apoderarán de toda la Grecia?»—Sea como fuere, lo cierto es, que el Discurso del señor Hartzenbusch es muy recomendable y digno de su bien cortada pluma, á pesar de estas pequeñas omisiones.

Su breve discurso *Sobre la tragedia española* contra los franceses, que han afirmado con desfachatéz y mucha ignorancia, que los españoles, no solo no tenían tragedias, sino que eran incapaces de escribirlas, es uno de los mejores trozos de los *Ensayos* del señor Hartzenbusch, el cual, no contentándose con desmentir este aserto tan falso y calumnioso con una multitud de testimonios y ejemplos, dá á co-

nocer á los franceses, que sus escritores dramáticos mas ilustres deben á la España y á su teatro escenas eminentemente trágicas y muy espléndidas. Pero ¿pueden causarnos maravilla y estupor las calumnias, la injusticia é ignorancia de los franceses con respecto á esta península, despues de haber leído en Dumas, que la España no tiene sastres, y que nuestros pinches ignoran la existencia de los asadores?

En una noche de verano, hace ya muchos años, yo estaba sentado con uno de mis mejores amigos bajo la estatua de Cervantes, cuando pasaron á corta distancia de nosotros, unas rameritas, que provocaban con sus palabras obscenas á los transeúntes: un hombre las miró con desprecio, y dijo «¡Qué mujeres sin vergüenza!» Entonces el amigo que estaba á mi lado, exclamó: «¡Dioses de la laguna Estigia! sacrificaré un gallo y cien toros sobre vuestros altares, si ningun francés ha oido estas palabras, porque volviendo á Francia, no dejaria de escribir: —Hay en Madrid una plaza que se llama plaza de las mujeres sin vergüenza.» Y luego añadió: «Lo que he dicho nada tiene de extraño, porque en esta forma los franceses hablan y escriben de España.»

Los *Artículos de costumbres* que completan el tomo de los *Ensayos* del señor Hartzenbusch, son una coleccion de hechos verdaderos ó fingidos, que reflejan con viveza de colores y mucha naturalidad el carácter de los españoles, que pertenecen á las gerarquías sociales mas elevadas. Tanto sus artículos como *El querer de miedo*, *drami-cuento á galope*, abundan de chistes de buena ley y están escritos con gracia y elegancia. Sus apuntes contienen buenas ideas y doctrinas acerca de la literatura y poesia dramática en España.

Las *Obras de encargo*, segunda parte de los *Ensayos*, á los que podia haber correspondido tambien, como dice el mismo señor Hartzenbusch en su *Advertencia*, el título de *Obras de encargo*, porque todas las composiciones, que los dos tomos contienen, nuestro autor las escribió en épocas distintas á instancia ó insinuacion de sus amigos, estas obras, digo, que son una coleccion de trozos, muchos en verso y otros en prosa, no carecen de elegancia, y algunos de ellos, que pertenecen al género burlesco, están salpicados de chistes, que tienen algo de satirico y provocan la risa. La *Epistola de don Quijote, en rancio lenguaje caballeresco*, merece ocupar estas columnas, porque es una imitacion ingeniosa de lo antiguo, y digna de la pluma de un hombre muy versado en la literatura castellana, como el señor Hartzenbusch.

Caballeros é donceles
Dotos, rancieros é noveles,
Damas ya grandes, ya chicas,
Regalonas doncellicas,
E vos la de aguja y plancha,
E tú, que adobas jigote:
Vos escribe don Quijote
De la Mancha.

Honrais con farta razon
Al perinclito varon,
Cuyo bulto de metal
Reverencian por igual
Congreso é Medinaceli (1),
Quando, quitado el bonete,
Saludan á Cide Hamete
Benengeli.

(1) Alude el autor al palacio del Congreso y al del duque de Medinaceli, que están en la plaza de Cervantes.

Agora, si al caso faz,
Yo vos demandara en paz
Que, otra vegada, la fiesta
Para Cervantes aquesta,
Que noble intencion descubre
De que Madrid le rimiembre,
Se le ficiera en setiembre,
No en octubre.

Cierto que hoy, dia que es
Nono del deceno mes,
Cervantes el afamado
Fué en Alcalá baptizado;
Mas, por negligencia grave
(Que suplir quisiera yo),
Cuál fué el dia en que nació,
No se sabe.

Pero habedes certidumbre
De que era estonce costumbre
Cristianar á los infantes,
Llevando ya en fajas antes
Dias, no en corta porcion;
Y de ventiocho fué
A la pila de la fé
Calderon.

E como el santo del dia
En que el pequeñuelo abria
Sus parpadicos al sol,
Daba nombre al español;
Y en el baptismal papel,
A Cervantes pertinente,
Hay el nombre solamente,
De Miguel;

Veintinueve del pasado
Debió ser el señalado
Con el fausto nacimiento:
Dia en que el magin atento
El nombre topa de aquel
Santo Arcángel eminente,
Que firió la impia frente
De Luzbel.

E que no me llevo chasco
Piensa el bachiller Carrasco,
E demas del bachiller,
Sancho Panza, su mujer,
Mi cura, home gravadoso,
El rapista de mi aldea,
E mi sin par Dulcinea
Del Toboso.

Importa empero un ardite
Que á Cervantes felicite
La aficcion con que venis,
Hoy, dia de San Dionis,
U esotro, pasado ya:
Como es del mérito paga,
Cuando-quiera que se faga,
Bien está.

No cuenta España escritor
De lauro merecedor
Que á Cervantes aventaje:
No es de ninguno ultraje
Proferir, en noble canto
Que la su gloria consigue:
«¡Nadie cual el manco insigno
De Lepanto!»

Por élen Orán é Flandes,
En las lomas de los Andes
E las playas de Luzon,
Don Quijote y Sancho son
Conocidos por do vamos:
Nos nombran en el camino,
Y al caballo y al pollino
Que montamos.

El orbe señala entero
A mi duque y mi ventero,
Al bien malparado Andrés;
Al bizco infame Ginés,
Maritornes tuerta é fea,
El hábito de Luscinda,
E las trenzas de la linda
Dorotea.

Cervantes vida nos da,
Que dura é perdurará
Mientras fiel quede una mano
Persignante en castellano;
E quede ó no:—bien lo fundo;
Que si acontece tal mengua,
Ya nos ha dado su lengua
Todo el mundo.

Misero mi autor vivió,
Y en mi figura pintó
Su malandanza cruel:
Por poco es dueño de Argel,
Y en la patria que fulgura
Con luz por él encendida,
Tuvo pobre, ya perdida
Sepultura.

Yo, pues, el famoso Hidalgo,
Vos pido, por lo que valgo,
Que al valiente en la campaña,
Rey del ingenio de España,
Digais con voces amantes,
Que en bronce la fama escriba:
*¡Eterno el renombre viva
De Cervantes!*

SALVADOR COSTANZO.

(La conclusion en el número inmediato.)

LAS TRIBULACIONES DE LA INFANCIA.

Mi opinion es, que no consideramos bastante la infancia, y que no tenemos hácia ella los miramientos y el respeto que á su flaqueza son debidos. Los mismos, que segun se dice, *miman* á los niños, tienen por instantes con ellos asperezas y violencias repentinas, que trastornan y destroran esas almas delicadas. Se creen justamente severos, y son crueles.

Consiste esto en que no se piensa bastante en lo que es un disgusto de un niño. Se le tiene por cosa ligera, y yo lo creo tan profundo y tan extremo como el mas formal de los nuestros. El niño se entrega todo entero á la sensacion que lo domina con un candor y con una buena fé absoluta. Nada resiste en él, nada forma contrapeso. Si el niño tiene,